

RECOMENDACIONES | Clásicos y contemporáneos

Qué libros visitar en estas vacaciones

Aunque el confinamiento nos ha permitido leer más, siempre nos parecerá insuficiente. Para guiarnos en ese océano inmenso de posibilidades, seis escritores y críticos revelan sus gustos y entregan sugerencias de títulos que no son novedades editoriales, pero que pueden decirnos algo nuevo durante este descanso puertas adentro.

MARÍA TERESA CÁRDENAS M.

MARÍA JOSÉ NAVIA
Escritora y académica de Letras UC

Un libro que se publicó (en traducción al español) en 2019 pero recién leí el año pasado y me dejó absolutamente fascinada fue **Zorro**, de Dubravka Ugresic. Una novela ambiciosa sobre contar historias, sobre el placer y la obsesión inmensa por la literatura, que repasa algunas obras de la tradición japonesa, o la vida de autores como Nabokov, mientras va entrelazando traducciones de libros que no existen y anécdotas familiares bellísimas. Otro que me gusta recomendar siempre es **Olive Kitteridge**, de Elizabeth Strout, una novela-en-cuentos que se ganó el Pulitzer hace algunos años y cuya continuación **Olive, Again**, publicada en 2019, por fin sale este mes en traducción con el título **Luz de febrero**. **Olive Kitteridge** también fue adaptada como miniserie para HBO, con la actuación ordinaria de Frances McDormand en el rol principal. De mis favoritas de la vida.

Y si alguien quiere un desafío más ambicioso, los dos últimos volúmenes del tríptico **La parte contada**, de Rodrigo Fresán (compuesto por **La parte inventada**, **La parte soñada** y **La parte recordada**), es para mí de las obras más extraordinarias que se han publicado en los últimos veinte años. Uno de esos libros que nos recuerdan todo lo que la literatura es capaz de hacer. Toda esa maravilla.

PEDRO GANDOLFO
Crítico literario

Me gustaría limitarme a obras de autores chilenos; no sé si imperdibles, pero que yo he releído en los últimos años y en estas lecturas se me han agigantado en belleza, lucidez y conmoción. **Montaña adentro**, de Marta Brunet, una novela que impacta por su historia, la fuerza de los personajes y una prosa deslumbrante.

Días de campo, de Federico Gana, contiene algunos de los mejores cuentos de nuestra tradición nacional.

El lugar sin límites, de José Donoso, es una obra maestra por donde la mira, magníficamente construida y con una mirada sobre nuestra sociedad poderosa en su capacidad de revelar nuestras fracturas perennes. De Gabriela Mistral me han conmovido la belleza y profundidad de **Lagar**, y recomiendo, además, cualquier antología de sus prosas, muy pertinentes para iluminar la hora que vivimos.

La comedia del arte, de Adolfo Couve, es un encuentro con un grande de la literatura, una obra conmovedora, perturbadora y escrita con un oficio exquisito.

Bueno, y si le queda tiempo, una selección de crónicas de Joaquín Edwards Bello, es siempre un gozo por su conocimiento de nuestro carácter nacional, sentido del humor y amenidad.



PEDRO GANDOLFO

ALONSO CUETO
Escritor peruano

Desde el inicio de la cuarentena me dio curiosidad leer otra vez el **Decamerón** para saber qué habían inventado los florentinos del siglo XIV cuando se sintieron acosados por la pandemia.

Las historias de Boccaccio no tienen nada que ver con la enfermedad. Hablan de engaños, traiciones, amores, con un dramatismo subrayado por el humor. Luego leí **La Peste**, que hace lo contrario. Camus se hundió en las entrañas de la comunidad enferma para afirmar al final "que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio".

Recomiendo estas dos lecturas que me han acompañado y sigo leyendo. Son de hoy. Evadimos y concentramos. Es lo que hacemos una y otra vez, y no solo en la pandemia.



ALONSO CUETO

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL
Escritor, crítico y editor mexicano

El año pasado agoté el ciclo pestífero: Defoe, Camus, Manzoni, García Márquez, Boccaccio y en 2021, he hecho una lectura asombrosa, algo que extrañamente nunca había leído: **De profundis**, de Oscar Wilde, en la extraordinaria traducción de José Emilio Pacheco. Es una confesión a la altura de la de San Agustín y solo la supera, por su extensión, la de Jean-Jacques. Además, pese a ser una obra maestra —según Auden— se lee sin atisbos de impostura, con frecuencia inevitable en quien confiesa y reprocha.



CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

IRENE VALLEJO
Escritora española, autora de "El infinito en un junco"

Mi amor por la literatura empezó allí en la infancia, cuando mis padres me contaban cuentos antes de dormir. Sin duda, la historia que más me deslumbró fue la **Odisea**. Un relato de viajes trenzado con fantasías, recuerdos, pruebas, nostalgia, valor, erotismo, magia, mares inexplorados y un héroe que sobrevive gracias a su fabulosa astucia para contar historias. En la adolescencia, me sentí cada vez más atraída por el insólito elenco de personajes femeninos; desde entonces, Circe, Calipso, Penélope, Nausicaa, las sirenas o incluso las monstruos, como Escila y Caribdis, han poblado mi imaginario íntimo.

También me fascinaron **El arte de amar** y **Remedios de amor**, de Ovidio, manuales en verso para recorrer todas las peripetias de la pareja, rigurosamente basados —según el autor— en sus experiencias íntimas y personales. En estos ensayos juguetones y provocadores, escritos con fina ironía y entusiasmo erótico, el poeta reanuda la estación veraniega y la hora de la siesta como los momentos más propicios para los buenos usos amorosos. Más allá de algunos pasajes hijos de su tiempo, sorprende su modernidad al abogar por el deseo compartido, el canto al magnetismo de las mujeres en su madurez y la fervorosa reivindicación del placer femenino. No debe extrañar que esta obra fuera objeto de escándalo y censura, y su autor, condenado al exilio en los confines del Imperio. Hoy continúa susurrándonos con sorprendente y placentera incorrección.



IRENE VALLEJO

FERNANDO IWASAKI
Escritor peruano

Siempre he pensado que los **Ensayos**, de Montaigne, es un libro infinito que podría acompañarnos a lo largo de toda nuestra vida, desde la adolescencia hasta la vejez. Ninguno de sus capítulos, leído en distintas edades, nos dirá lo mismo. Y saber que leemos a un escritor del siglo XVI como si se tratara de un contemporáneo,

nos reconcilia con el mundo y la extensión, la de Jean-Jacques. Además, pese a ser una obra maestra —según Auden— se lee sin atisbos de impostura, con frecuencia inevitable en quien confiesa y reprocha.



FERNANDO IWASAKI

PÁGINA ABIERTA

PUEDE TOMARSE EN SERIO

Blanco, de Bret Easton Ellis (1964), es su octava novela y viene precedida por una serie de títulos que cuando fueron publicados, se consideraron el *sumum* del escándalo. En especial, esto es aplicable a **American Psycho** (1992), que hizo mundialmente famoso a Patrick Bateman, un alto ejecutivo de Wall Street, cuyas aventuras pretendían dar a conocer la intimidad de ese medio, que lleva una doble vida y que fue el asesino en serie más reventado de la década de los noventa. Esa obra convirtió a Ellis, de la noche a la mañana, en el *enfant terrible* de las letras americanas, hasta el punto de que se le consideró el representante perfecto de la que se denominó generación perdida, tal como lo había hecho Gertrude Stein, cincuenta años antes, al referirse a Hemingway, Scott Fitzgerald, Katherine Mansfield, Dos Passos, para denominar a una era en la que nadie creía en nada y cuyos más precarios hombres y mujeres de letras eran alcohólicos, se drogaban y hacían cosas peores.



BLANCO
Bret Easton Ellis
Literatura
Random House,
Santiago, 2020,
251 páginas,
\$14.000.
MEMORIAS

de Patrick Bateman: en **American Psycho**, calificada como un texto magistral y considerada como un ejemplar repugnante, amoroso, depravado, hoy no intranquiliza a nadie, y Patrick Bateman ha devenido un ícono de la cultura popular. Se trata de lo que ahora se designa como una novela de no ficción, una autobiografía, la infancia, la carrera, con un cúmulo de citas literarias, cinematográficas y de la música que dejaron una marca indelible en el joven Ellis. Para algunos, el volumen es el máximo de lo que fueron las décadas de los setenta y los ochenta; para otros, sigue siendo un horror, un símbolo de la decadencia del imperio, un ejemplar que debería prohibirse, retirarse de las bibliotecas y hasta castigar con penas de prisión a quienquiera sea sorprendido leyendolo. Se ha dicho, con razón o sin ella, que Ellis no se queda en el pasado, que efectúa una reflexión sagaz de la autocensura, interrogándose sobre lo que ha sucedido en las pasadas cuatro décadas, en concreto en la sociedad del Gran País del Norte y, más en concreto, en las megalópolis que son Nueva York

Los Angeles.

En **Blanco**, Bret Easton Ellis parece haber madurado —en términos relativos, claro está—, resulta mucho más aplomado, y en este tomo, de muy reciente publicación, lleva a cabo una inestricta defensa del derecho a la libertad de expresión, así como una disección al predominio del neopunitivismo, a la extrema sensibilidad *milennial* y a lo políticamente correcto en las llamadas redes sociales. Aquí se reinventa el humor y la acidez como instrumentos de subversión y, más que nada, se esgrime una independencia que se esfuma. Las afiladas reflexiones que expone tienden a perder la actualidad con una franqueza que es, a la vez, corrosiva y del todo a contrarcorriente.

Por supuesto, Ellis es Ellis y, si bien **Blanco** exhibe la misma crudeza y el gusto por impactar de sus anteriores publicaciones, ya no tenemos al chico rebelde, impudente, agresivo, mordaz

en exceso, que lo hizo célebre a partir de **American Psycho**. El problema de este prosista, y uno muy serio y que afecta a la inmensa mayoría de sus colegas y conacionales, es una suerte de egocentrismo sin límites. Para Ellis no existen la segunda, la tercera, la sexta persona, sino solo el mismo; yo, yo, yo. Es cierto que su estilo ha mejorado, que, como lo dijimos, ha madurado —ya borda los sesenta—, en síntesis, que puede tomarse en serio. En consecuencia, si hubiese que definir **Blanco** y el resto de la producción de este narrador con una palabra, ella sería autorreferencia. Sin lugar a dudas, ello puede aplicarse también a Proust, Whitman, Céline, Genet, Bernhart, Colette, Violette Leduc y tantos y tantas que plantean sus creaciones a partir de su interioridad, pero en estos casos estamos frente a nombres mayores y, decididamente, Bret Easton Ellis es, dicho con todo respeto, un cronista menor.

El problema de este prosista es una suerte de egocentrismo sin límites.

Con todo, **Blanco** posee gracia, riqueza de recursos y un nivel de belleza. La trama gira en torno al extenso período en el que Ellis trabajó para Hollywood y muy en particular, en el rodaje, producción, chismes y entretelones de la filmación de "American gigolo", la cinta que convirtió a Richard Gere en estrella del celuloide y a la marca Armani en símbolo de la máxima sofisticación. Ellis conoce como pocos ese ámbito, tiene un interés vinculado de amor-odio con él, por más que, en ocasiones, parezca un cirujano del séptimo arte, nos entrega una minuciosa y, por momentos hilarante y, hasta cierto punto, tierna visión del tan vilipendiado o tan admirado ámbito del *glamour*, el éxito, la notoriedad de tal círculo de personajes.

Aquí está lo mejor de **Blanco**, y Ellis se encuentra en su salsa al meditar sobre las representaciones, las copuchas, los dimes y diretes, los secretos a voces del estratelo.